

# LA VUELTA DE LOS DIAS

## ARTE EN LATINOAMERICA

### ESPLENDOR Y MISERIA

Damián Bayón entrevistado por Juan Gustavo Cobo Borda

**En un destempleado sábado del otoño de 1986 volví a conversar con Damián Bayón (1915), esta vez en su natal Buenos Aires. La señora Silvina Bulrich, por televisión, y sin aportar ninguna prueba, acaba de acusar a Borges de impotente. Los transportes aumentaban en un 4.9% y nueve bombas acababan de estallar en diversas sedes del partido radical: el partido de gobierno. El clima no parecía muy propicio para hablar de arte, y de arte latinoamericano, más concretamente. Sin embargo, autor de claras y sintéticas visiones del arte de nuestros países (quiero resaltar apenas dos: Aventura plástica de hispanoamérica, México, Fondo de Cultura, 1974, y Artistas contemporáneos de América Latina, Barcelona, Serbal-Unesco, 1981), Bayón es siempre un viajero alerta, digno de escucharse. Su formación, y su entusiasmo, no logran sojuzgar una pertinente pizca de maldad. La primera pregunta, inevitable, fue entonces:**

**Juan Gustavo Cobo Borda:** ¿Cómo ves a la Argentina, ahora?

**Damián Bayón:** Vine hace año y medio, y aunque sea de aquí, el hecho de estar por poco tiempo lo hace a uno turista. Lo primero que aprecio es que se entra en contacto con dos capas distintas: hablo con gente que protesta y refunfuña todo el tiempo, pero que está del buen lado de la moneda, y con gente que no ve brillar a

los australes y que en realidad se encuentra realmente descontenta y preocupada. Son más que los primeros.

**J.G.C.B.** —Y en relación con el arte?

**D.B.** —Me anuncian, gracias a Dios, que se acabó la *bad-painting*, pero en realidad, y por desgracia, no está tan terminada. Sólo que los críticos descubren nuevos caminos con elementos sorprendentemente locales. Quiroga, quien acaba de ganar el premio Braque, figurativo, tremendista, tucumano, me parece un nieto de Berni. Juan Doffo, a quien conocí a través del premio Fortabat, de una manera distinta también vuelve a la tierra. Quiroga lo hace a través de personajes y situaciones. Allí está la miseria, la pobreza, el subdesarrollo. Doffo, paisajista abstracto, trata de traducir la pampa en pintura. Doffo, de 42 años, me parece el más valioso. Por su parte la *bad-painting*, para mi sorpresa, no me ha parecido en esta ocasión tan mala como antes. Confirma mi sospecha de que los argentinos tienen una capacidad mimética sorprendente: imitan mejor. Son, para poner un ejemplo, mucho más expertos en imitar que los españoles. Pierri, Eckell, Kuitkka, Prior, Lavallen: esos son los nombres que recuerdo y que habrá que probar, en 5 o 10 años, para ver su evolución. Hacer, ex profeso, pintura mal hecha requiere mucho oficio. Veremos. Todo esto, claro está, respalda mis ideas sobre el

snobismo porteño —aliviadas, ahora, al comprobar cómo en Rio y Sao Paulo, o en Medellín, donde han llegado a extremos delirantes, son tan snobs como nosotros o más. Nos arrebatan el cetro.

**J.G.C.B.** —Acaba de aparecer un nuevo libro tuyo, uno más. ¿De qué trata?

**D.B.** —Lo editó Taurus en España, tiene 350 páginas y se titula *Arte moderno en América Latina*. Sobre advertir que un título tan original no lo puse yo: fue la editorial. Modestia aparte, es un libro indispensable: lo escribieron 19 colaboradores de toda América y da una visión no global sino muy ajustada de la arquitectura, la pintura y la escultura de este siglo. Elegí a los colaboradores, les pedí que escribieran lo que quisieran, menos panfletos, e intenté, un poco ingenuamente, que trabajaran sobre terreno que les eran algo ajenos. Así todos aprendíamos algo y no repetíamos lo que ya sabemos. Está dividido en tres justificadas épocas: 1890-1920, 1920-1950 y 1950-1980. Tiene 256 ilustraciones y la imagen que depara es una imagen positiva. Ya sabes que estoy en contra de los juicios negativos sistemáticos. Cuando organicé el coloquio de Austin (1975), Aracy Amaral, la crítica de arte brasileña, llamó a éste un continente ocupado. Marta Traba, por su parte, propugnó la vuelta a la pintura regional. La pequeña aldea contra la aldea global de Mac-

Luhan. Esto, que bien puede ser válido para los pintores secundarios, no lo es para los grandes, y son ellos, qué duda cabe, los que mejor nos representan. O los movimientos creativos: el muralismo mexicano, la arquitectura brasileña, el constructivismo argentino-venezolano; o algunos artistas independientes, todos ellos cabeza de fila: Torres García, Lam, Tamayo, Matta, Botero. Son creadores nuestros, reconocidos en todas partes. Ellos, quiero decir, nos hacen menos dependientes. Algunos, como Torres García, entraron en el circuito internacional de las subastas. Otros, como Figari, son de consumo interno en el Río de la Plata. Ahora, en Nueva York, en Londres, se valora a Frida Kahlo: el sueño, la violencia, su bella figura y su romántica vida. Pero tenemos también otros, como el venezolano Reverón, que pintaba en su choza de paja, en Macuto, las muñecas que él mismo se fabricaba. Sí, es la imagen de un arte rico y variado.

J.G.C.B. —¿Por qué hay ahora tantos pintores colombianos en París?

D.B. —En realidad son muchos, y poco a poco los voy conociendo. Pero me dan la sensación de que no sólo vienen a París, sino de que van y vienen. Hablan todo el tiempo mal de París pero se mueren de ganas de quedarse. Lo grave es que no sólo hay buenos pintores: también hay varios buenos fotógrafos. Sin mencionar a Botero, que ya se mueve dentro de otros parámetros, allí están Luis Caballero, Darío Morales, Gregorio Cuartas, Saturnino Ramírez, Cogollo, que tiene una imaginación perversa y pinta bien, etcétera. Pero el mérito que tienen es que realizan una pintura muy personal: todos ellos son diferentes. Sólo que vistos desde lejos se crea la tendencia a unificarlos. No voy a cometer la estupidez de hacerle publicidad a París, pero sí creo que es un caldo de cultivo muy favorable.

J.G.C.B. —¿Cuáles son los libros que debe leer un aspirante a crítico de arte?

D.B. —Ah, esas preguntas tuyas, tipo estoque. Bueno. Responderé con los que a mí me han marcado. Comencemos por la *Historia de la crítica de arte*, de Lionello Venturi. Luego, por algo que no es tan sistemático, ni tan germánico, como son los libros

de Herbert Read. Me estoy refiriendo, claro está, al arte moderno. Más moderna, quizás: *The Story of Art, el cuento del arte*, de E. H. Gombrich. Que no es sólo cuento: es una muy buena historia. Luego, algo deslumbrante: un editor le pidió a un erudito un libro claro y salió *El arte moderno, 1770-1970*, de Giulio Carlo Argan. Y, cómo no, a mi maestro Pierre Francastel, quizás *Pintura y sociedad*, pues luego su pensamiento se hizo mucho más enraizado. Y no sobra, para terminar, leer de vez en cuando los libros de Harold Rosenberg, el crítico norteamericano.

J.G.C.B. —La historiografía, en América Latina, tiene terrenos muy cultivados y otros por los cuales muy pocos se detienen, y casi todos pasan de largo. ¿Sucede igual con la historia del arte?

D.B. —Lo precolombino y lo colonial son muy tratados. Aparecerán más cacharros y nuevos retablos, pero ya las grandes líneas están trazadas. No sucede igual con el siglo XIX, que es un terreno semi-virgen. Hoy todos, incluso yo mismo, andamos fotografiando lugares —me voy muy triste a París por no haber alcanzado a inmortalizar con mi cámara la estación de Retiro— o queriendo declarar monumento nacional todo lo que sobrevive. La explicación quizás sea ésta: mientras estábamos a cargo de una potencia (léase: España) nos resultaba, visto desde hoy, mucho más claro armar el esquema de "las provincias de esos reinos", como las llama Octavio Paz, según los términos de la época. Estaban los indios, llegaron los españoles, y hubo 350 años de continuidad. Con la independencia, ese espejo salta en pedazos. No sólo los grandes ríos, las grandes montañas o los grandes llanos, contribuían a una compartimentación por regiones. También las peculiaridades de veinte historias distintas. Había, claro está, puntos comunes, como esas guerras civiles, mucho más salvajes de lo que nos contaron en la escuela. Pero, ¿cómo explicarse los paraísos civilizados? Ya sabemos que el Atlántico tiene de bueno que lleva a Europa, pero, ¿y el Pacífico? Ese Chile, por ejemplo, donde se fueron a vivir Sarmiento, Bello, Mitre, Rugendas. El Chile de 1860-1870, con las grandes casas de los Errázuriz, los Edwards, o

el palacio Cousiño. O el Buenos Aires, no la Argentina, de 1890-1920, cuando la exposición del centenario, con los palacios de los Paz, los Anchorena y los Ortiz Basualdo, o esas grandes estancias, de castillos escoceses o palacios franceses, en mitad de la pampa, en un monte artificial, en torno suyo, pues en la pampa sólo crece el embú, y regías-bibliotecas en sus interiores. Pero luego eso se acabó. Es necesario rescatar el siglo XIX, no por sublime o excepcional, sino porque también es nuestro. Es un hueco en nuestra memoria historiográfica, pero es un hueco que se va llenando.

J.G.C.B. —Leo estas declaraciones en la prensa: "En la Argentina, qué es lo que más abunda? Una gran corriente neofigurativa. ¿Nada más? Oh, sí, hay dos tendencias netamente nuestras: el surrealismo argentino de un Alzenberg, por ejemplo, o la geometría argentina de un Torres Agüero." (Entrevista de Orlando Barone a Carlos Espartaco, *La Razón*, mayo 14 de 1986, p. 60.) ¿Estás de acuerdo?

D.B. —El surrealismo argentino ha tenido muy poca importancia, en pintura. Chile, desde Matta, Artúnez y Opazo, tendría una pintura más específicamente surrealista. Las dos grandes corrientes argentinas serían, primero el arte concreto y sus derivaciones. Arranca de Hilito, un apellido sirio, Fernández Muro, y el año 1944. Reaccionando fuertemente contra la Escuela de París, representada por pintores finos y delicados como Butler y Basaldúa, buscaron en la Bauhaus y en Mondrian sus modelos. Sólo que los tenían en casa. Ya entre nosotros se había dado una pintura estricta, constructivista, y con énfasis en la geometría, como la de Torres García y Petroruti. Esa línea sigue. Corresponde a ese formalismo argentino que en tantos casos desemboca en la perfección sin contenido. La otra, más reciente, empezó muy bien en los 60, con la nueva figuración de Macció, Noé, de la Vega, etc., y ha ido derivando, y decayendo. La figuración, hoy, para existir, se ha convertido en algo hiriente y caricaturesco. Los jóvenes tratan de pintar lo peor posible pero, en el fondo, los noto muy inhibidos. No hay ningún argentino que se atreva a pintar hermosos cuerpos desnudos, como los de Luis Caballero. Falta ese goce.

J.G.C.B. —¿Por qué ahora el arte parece darse a través de ferias: FIAC, ARCO, Chicago, y no de museos, galerías o bienales?

D.B. —Como crítico estoy harto de que los críticos y los curadores de museo (el caso, por ejemplo, de Eduardo Serrano, cuando promovía el arte conceptual en Bogotá) dicten la pauta. Son tan snobs, y se mueren de susto de no estar al día. "¿Cuál día?", me pregunto con frecuencia. Siempre andan husmeando la última tontería. La gota de agua en el montón de arena. Cosas de esas. En las ferias, en cambio, como sabemos, cada cual lleva lo que le da la gana. No todo está impuesto desde arriba. Es mucho más democrático. La gente tiene derecho a escoger, y a expresar su mal gusto. A adquirir aquello que le sirve y complace. Como en los mercados andinos allí llegan las mujeres con cebollas, tomates o naranjas. Que no sea siempre la elección de intelectuales fríos e implacables. Para eso está la DOCUMENTA de Kassel y esas otras ferias, más ilustradas.

J.G.C.B. —Si uno hace artículos o hace libros. A no ser esas ensaladas donde se mezclan, con no siempre buenos resultados, diversos artículos ¿Cuántos libros tienes pendientes de editarse, y cuántos pendientes de escribir?

D.B. —Acabo de donar mi biblioteca —2.000 volúmenes— al Museo Nacional de Bellas Artes y a la Academia Argentina. Así que ya no escribiré ningún otro libro más sobre la historia del arte latinoamericano. Estoy exhausto. El año pasado casi me da un *surmenage*. Entregué, para Polígrafa de Barcelona, una *Historia del arte colonial sudamericano*, escrita con cuatro brasileños. Luego, para Alhambra de Madrid, una *Historia del arte iberoamericano*, siglos XIX y XX, en edición más modesta gráficamente, que comencé a trabajar en 1973, en la biblioteca de Austin, Texas. Es un libro bastante original. En él, como siempre, también destaco el aporte arquitectónico. No sé si sabes que soy arquitecto frustrado. Hice toda la carrera pero terminé por no graduarme: me faltaban algunos talleres prácticos. Y para Cambridge, que hace una *Historia de América Latina*, en inglés, redacté 160 páginas sobre el arte latinoamericano del siglo XX.

Pienso que ya es suficiente. Y, para terminar convirtiendo esta entrevista en una bibliografía próxima-futura, digamos que, por fin, mi tesis hecha con Francastel, hace tantos años, sobre la arquitectura en Castilla —*Mecenazgo y sociedad*— la publicará la Editora Nacional, de Madrid. Por ello, desde febrero, respiro y ando buscando el tono para comenzar a escribir mis memorias. No el sarcasmo español, ni el *esprit* francés sino la levedad y la distancia. Eso que acostumbran a usar los ingleses —la literatura que más he leído— y que va desde sus clásicos hasta las cartas al editor y las reseñas del *Time Literary Supplement*. Llevo, como los caballos, veinte salidas pero quizás haya que revolver todo. Como dicen los franceses *brasager* las cubas y mezclar todos los lúpulos. Mis paseos con Pedro Henríquez Ureña y Francisco Ayala y los recuerdos de infancia. Los argentinos en París (Cortázar, Girri) y otras infidencias semejantes. Me dicen que

escriba confesiones, pero no se trata de eso. Hay que hacerlo como Victoria Ocampo, en ese espléndido tomo de sus memorias donde narra su gran pasión. Es la mejor novela de amor argentina. Es magnífica como literatura, y además es verdad. Así que sólo me quedan, para publicar, las dos monografías, que tú conoces, sobre Rubens y El Greco. Habrá que ponerles un título muy colombiano, algo como *Las gordas y los flacos*. Quizás así la gente se asombre un poco, y las compre, si alguien se atreve a editarlas. Se sorprenderá, luego, de que dos ensayos serios y trabajados puedan llamarse así. Pero en realidad en ellos hay dos de mis mejores bravatas. En la del Greco nunca mencioné la palabra "manierismo", del mismo modo que en la de Rubens tampoco utilicé nunca el término "barroco". Esta entrevista contiene mi tercera bravata: como habrás advertido, nunca empleé el término *transvanguardia*.

## PERU 1986: UNA MODESTA PROPOSICION

por José Miguel Oviedo

Igual que a millones de peruanos, los acontecimientos ocurridos recientemente en tres cárceles limeñas, que culminaron con la muerte de por lo menos 260 reclusos (el *New York Times* puso la cifra real en 400), me han producido una indescribible mezcla de indignación, vergüenza y confusión. No es, por cierto, la primera vez que algo así ocurre en nuestro país, pero nunca con este grado de violencia, en esta escala aterradora. Viviendo fuera del Perú, limitado a leer las noticias que los diarios extranjeros dan del asunto, hice lo de siempre: lo comenté con un reducidísimo número de personas y volví a mis tareas habituales. Pero debo haber estado pensando subconscientemente en él, porque una semana después, viendo ciertas fotos, todo el drama refluyó en mí, demandando un esfuerzo de reflexión que fue a juntarse con otros temas que me preocupaban. Ignoro cuál es el resul-

tado, ignoro si el esfuerzo valió la pena; pero siento que no podía dejar de hacerlo sin que mi silencio fuese una forma de aceptación o de indiferencia.

Dos cuestiones clave dan origen a este texto: ¿Por qué ocurrió esto? ¿Cómo evitar que ocurra en el futuro? La enorme dificultad (o imposibilidad) para hallar respuestas a estas preguntas, me obligó a examinar el asunto desde otros ángulos, con una perspectiva más amplia. Lo de las cárceles terminó convirtiéndose en un mero pretexto para hablar sobre mi país y decir algunas cosas que no creo han sido dichas, o por lo menos, no con la firmeza necesaria. En realidad, mi reflexión se transformó rápidamente en una modesta proposición para comprender este incomprendible país que es el Perú. La llamo así, no sólo en homenaje a la independencia del pensamiento político de Swift, sino porque lo hago —como

siempre que he manifestado una opinión política— al margen de partidos, iglesias y capillas de cualquier signo; como un simple individuo que habla o escribe para comunicarse con otros peruanos que no conoce pero cuyo destino le interesa. Mis errores, pues, son puramente míos, y si alabo o critico es por convicción personal, no para servir campañas particulares en favor o en contra de algo.

Una de las expresiones más frecuentes en comentarios y pronunciamientos políticos, es la de que estos hechos son manifestaciones de nuestra "crisis", de que debemos salir de la "crisis" para superarlos. La palabra "crisis" es un tanto equívoca: sugiere algo transitorio, un momento entre otros momentos históricos. Enjuiciar lo que ha pasado en nuestras cárceles como fruto de nuestra "crisis" es parte del problema: los peruanos tendemos a suponer que se trata de cosas pasajeras, que otro gobierno quizá habría podido evitar, que la situación puede evolucionar pronto. Mi impresión es distinta: no se trata simplemente de una "crisis", sino de que estamos atravesando por uno de esos periodos que los historiadores llaman *de decadencia*. Tales periodos no duran años, sino décadas, tal vez más, y pueden llevar a la cesación de la sociedad que la experimenta. Esta decadencia no es un fenómeno reciente: nos acompaña desde hace más de un siglo, sin que lo hayamos notado. Esos procesos tienen, si no son debidamente atendidos, el efecto acumulativo de una bola de nieve: en sus etapas finales, los síntomas se precipitan dramáticamente (la "crisis") y producen esa sensación de que todo empieza a fallar a la vez y sin control.

La experiencia histórica peruana es una sucesión de expectativas desmesuradas ("la primera potencia del Pacífico"), de ataraxias colectivas y de oportunidades perdidas. Ocurra que la historia no perdona esos fracasos y castiga a los que lo ignoran con una violencia progresivamente mayor. El severo paternalismo estatal incaico, que hacía de cada hombre un robot feliz, fue suplantado por la voracidad mercantil del régimen colonial, que se extendió por tres siglos: dos utopías contradictorias, una construida sobre las cenizas de la otra.

Gracias a la pasiva resistencia indígena, la colonia no fue exactamente lo que los conquistadores habían planeado: las formas de cultura aborigen sobrevivieron (gracias a muchos españoles, hay que decirlo) y la autoridad, a regañadientes, tuvo que aceptarlo: el Perú moderno es el fruto de ese inestable compromiso. Expresaré aquí la primera de mis herejías: a pesar de su violencia y su oscurantismo, la sociedad colonial fue más coherente y autosuficiente que la republicana del siglo XIX, obnubilada por aplicar acriticamente un conjunto de ideas políticas europeas a una realidad desconocida. Creo que esa etapa de caudillos y sátrapas militares (verdaderos Napoleones del trópico y del llano), alienados de la masa anárquica y rebelde que querían gobernar, inician la crisis cuyas últimas olas sufrimos hoy. Esos patriarcas sempiternos y sus cambiantes rivales no gobernarón países: los administraron como fincas y usufructuaron sus bienes como propios. Cuando eran derrocados, el país (la finca) pasaba a otras manos y el ciclo volvía a comenzar.

El irracional fraccionamiento de las antiguas colonias en pequeñas naciones, varias de ellas no viables como tales, se complicó cuando las ambiciones territoriales y la codicia por nuevos recursos naturales, las empujaron a incontables guerras de frontera. La Guerra del Pacífico devolvió al Perú a la realidad tras el sueño positivista —un país sin recursos y sin líderes. El crecimiento del imperialismo inglés y luego del norteamericano no hicieron mejores las cosas: los administradores de las fincas nacionales se convirtieron en clientes de esos poderosos amos y se vendieron al mejor postor. Nacieron las repúblicas bananeras, algunas de ellas sin suficiente banano. Todo esto explica que la decadencia peruana no sea sino parte de una decadencia más general: la de toda América Latina, hoy puesta de rodillas ante el poder abstracto e irresistible de los bancos internacionales, que la obliga a sacrificar a sus masas hambrientas y carentes de lo más indispensable. No estamos solos, pero ése es un triste consuelo.

Es por eso que la violencia política que ahora nos agobia no va a pasar en el futuro inmediato y que tenemos

que acostumbrarnos a vivir con ella, a pesar de lo intolerable que eso resulte. Sus raíces son muy profundas y no hay ejército o gobierno que puedan, por sí solos, acabar con ella. Esto no quiere decir, primero, que tengamos que permanecer inactivos frente a ella, ni, segundo, que de alguna manera la justifique. Los males de la república moderna son muchos, pero Sendero Luminoso no hace sino agravarlos. Quizá uno de los errores haya sido el de haberlo querido combatir como un fenómeno puramente político-militar. No lo es. Sendero es algo distinto: es una sociedad secreta de fanáticos que adoran su propio pensamiento arcaico y su acción apocalíptica; encarnan, ellos también, las formas finales de decadencia de una sociedad que no ha sabido modernizarse. Tiene que ver más con Rasputin y Nostradamus que con el marxismo-leninismo: es una salvaje expresión cultural.\*

¿Qué hacer, entonces? Nuestras opciones son limitadas y tenemos que empezar reconociéndolo. Uno de los problemas fundamentales es que no importa lo que diga o haga el gobierno (cualquier gobierno), el resto del país no le cree. Tiene toda la razón del mundo: hace un siglo que vienen mintiéndole. La crisis de autoridad es inmensa y hay que tratar de restaurarla. ¿Cómo? Sencillemente *no diciendo o prometiendo nada que no pueda cumplir*. Los políticos astutos afirman que el pueblo se cree cualquier cosa, que pueden hacer crecer las expectativas indefinidamente. Esto no es cierto: hoy la gente está cansada, atemorizada, vencida. Es hora de que este gobierno (o cualquiera), ya que no puede dar ahora siquiera pan, al menos le dé la verdad: no cuesta un solo centavo. Un gobierno en el poder debe tener hoy el coraje de reconocer que es un gobierno de un país en decadencia, que no puede ofrecerle soluciones mágicas e inmediatas, que la situación es realmente mala y que hay pocos signos de alivio. ¿Suicidio político? ¿Su-

\*Quizá asombrado saber que muchos jóvenes peruanos expresan simpatías por Sendero mientras estudian *business administration* en varias universidades norteamericanas, incluso en la que yo trabajo. Pero ya se sabe: la lógica no es el fuerte del grupo.

prema ingenuidad? Lo he pensado mucho y he llegado a creer que, al contrario, el suicidio y la ingenuidad están en suponer que podemos seguir jugando el juego de las vanas esperanzas. El gobierno tiene que recuperar el crédito que el poder político ha perdido en el pueblo y hacerle ver que el estado no es una maquinaria independiente dentro de la sociedad, sino su expresión. Una buena imagen sería esta: el país era una nave que en medio de su travesía ha sufrido un grave accidente, y se ha ido a pique; ahora estamos todos (gobierno, estado, pueblo) en un bote salvavidas, sin muchos bienes encima, pero por lo menos vivos. Y nuestra obligación es, primero, *salvarnos juntos* y organizarnos debidamente para lograrlo. Nada de planes grandiosos (en los que tanto se han complacido los gobiernos anteriores), nada de acciones espectaculares que pongan en peligro nuestro precario bote: sólo medidas de emergencia pueden ser aplicadas ahora. Y esas medidas desesperadas suponen establecer estrictas prioridades, entre las cuales la de la violencia política no es, aunque parezca raro, de las primeras.

En el bote hay pocas provisiones, apenas un poco de galletas y agua. ¿Cómo hacer para que alcancen para todos? Es el primer dilema del Perú: el nuestro es un país de hambrientos. Nuestra principal obligación de náufragos es la de sobrevivir, la de no llegar muertos a la orilla salvadora (que está muy lejana). Para empezar a combatir el gigantesco problema del hambre, hay que tomar dos graves decisiones: no podemos incurrir en despilfarros, no podemos meter mucha más gente en el bote. Recuerdese: estamos en emergencia y tenemos que pasárnoslas sin muchas cosas que nos gustaría tener, pero que son caras o aumentan nuestros riesgos. Primera decisión: drástica reducción en adquisiciones de armas extranjeras. A todos nos complace tener ejércitos poderosos y bien armados. En el Perú no es este el momento. Es ridículo (peor: es cínico) que un país como el nuestro gaste millones de dólares en jets supersónicos o tanques con instrumentos electrónicos. No sé cuántos tenemos, pero eso ya es suficiente. Nueva heresia: los armamentos que hemos

comprado hasta ahora han sido siempre obsoletos. Comprarlos confirma nuestra insignificancia estratégica. Es por esa razón que las grandes potencias nos los venden. Su negocio es redondo: ganan vendiéndonos lo que ya no les sirve. Nuestras fuerzas armadas *lo saben*; ahora tienen la obligación de hacer algo al respecto, precisamente a nombre de ese tan declarado patriotismo. Creo que, en cambio, lo que las fuerzas armadas deberían adquirir es maquinaria pesada para construcción y desarrollo rural. Sus maniobras militares no deberían consistir en combatir a un improbable enemigo extranjero, sino en probar con qué rapidez pueden levantar viviendas populares o abrir una carretera. Esa es la "defensa nacional" que necesitamos.

Segunda decisión: el crecimiento de nuestra población debe someterse a un buen organizado control. La única producción que ha aumentado en el Perú en estos últimos 40 años, es la de niños. Niños hambrientos, desnutridos, mentalmente incapacitados luego para trabajar o estudiar: cargas demasiado pesadas para nuestro precario bote. Hay que establecer un masivo control de la natalidad, lo que incluye educación sexual y distribución gratuita de anticonceptivos. El problema está en nuestras tradiciones morales y la enorme autoridad de la iglesia. Hay que pasar por encima de ellas, si queremos ser consecuentes. Tercera heresia (esta literal): las leyes de Dios pueden esperar cuando la vida de millones de hombres está en peligro. El ejemplo de Colombia es muy revelador; no veo por qué no podemos intentar algo semejante en el Perú. Además, ¿de qué respeto a las normas de la Iglesia estamos hablando si sabemos bien que son millones los hijos ilegítimos, las madres solteras, las víctimas del incesto y la promiscuidad? Si el egoísmo patriótico de la clase militar y la hipocresía de amplios sectores de la Iglesia no cesan, nada podemos obtener, sino más miseria y más sufrimiento humano.

Aun si todo esto funciona bien, no deben esperarse resultados a corto plazo: En los próximos años todo lo que obtendremos será un *relativo crecimiento del problema*. El gobierno tiene que decirlo, no declarar que

"va a resolver el flagelo del hambre". Repito: todo el tiempo hay que declarar la verdad y usarla como un arma política. No hay que generar falsas ilusiones, sino la sensación de que todo lo que uno haga repercute en el resto del tejido social. Pero aun esto no es suficiente: hay que someter todo a constante evaluación de organismos responsables y técnicamente solventes, por completo ajenos al control del gobierno. Si alguna fase del plan falla, la autoridad debe admitirlo, explicar por qué y anunciar qué medidas correctivas piensa tomar. El liderazgo político debería reducirse a una función de supervisión de las tareas de esos organismos. En verdad, no necesitamos un buen presidente: necesitamos un buen coordinador. La retórica del poder debe atenuarse por completo; el diálogo con la opinión pública debe ser abierto y constante. (No hablo de "balconazos" o conferencias de prensa: hablo de encuentros sistemáticos con sectores representativos de la sociedad peruana, con la intención real de informar y ser informado, no de autocongratularse.) Alguien tiene que mandar en nuestro bote, pero nadie debe estar *por encima de nosotros*, puesto que nadie va a salvarse solo.

Este esfuerzo concentrado en un solo problema bien puede durar más de una década. Lo terrible es saber que miles morirán sin remedio y sin esperanzas; pero alivia saber que otros tantos habrán empezado a ver que las cosas lentamente empiezan a mejorar y que la prueba es que ellos están vivos —todavía en un nivel muy modesto, pero vivos. A pesar de ese pequeño éxito inicial, habrá que evitar todo triunfalismo. América Latina nos acompaña en esta decadencia; dentro de ella, ocupamos uno de los escalones más bajos. Las grandes potencias no se interesan por nosotros ni confían en nuestra capacidad para salir solos a flote: no tienen por qué perder su tiempo ni su dinero. Nuestra imitación de lo más estúpido de la civilización norteamericana (cuyas virtudes, en cambio, ignoramos), tiene que cesar y ser redirigida hacia otros modelos, más afines con el nuestro. ¿Cuáles? Sin duda, los del continente asiático, que han logrado avances impresionantes en esta última década, a pesar de que comenza-

ron desde más abajo que nosotros. Japón, por ejemplo, ha hecho algo admirable: se ha modernizado sin dejar de ser profundamente tradicional; es, a la vez, un imperio, una democracia y una empresa gigantesca. Otros países de esa región como Corea del Sur, Tailandia y aun la satanizada Taiwán, ofrecen otros ejemplos similares. (No estoy hablando de modelos políticos, sino de soluciones sociales y económicas. Hong Kong es un protectorado inglés y China un imperio socialista, y ambos han logrado conquistas dignas de atención.) Un gobierno honesto en tiempos de decadencia debería olvidarse de envidiar al gigante norteamericano y emular a esos y otros países asiáticos; debería ser suficientemente modesto como para decir: "En diez años más alcanzaremos el ingreso per cápita de (por ejemplo) Corea", y presentarse como un pequeño gran avance. Nuestro bote es frágil y ha soportado ya muchos embates. No es agradable decirlo, pero es verdad; somos desesperadamente pobres, no somos potencia en nada. Nuestra alta misión es salvarnos en esta emergencia.

Los periodos de decadencia pueden ser más o menos prolongados. El del imperio romano fue particularmente largo; el ocaso del imperio inglés llevó también tiempo. Creo que podemos esperar que el nuestro dure lo suficiente como para hallar, en el camino, renovadas fuerzas morales y recursos para rehacer una riqueza que alcance para todos (si los dioses no son tan propicios). Todo esto a condición de que *nos pongamos en marcha hoy mismo*. La historia tiene leyes pero no son absolutas, porque intervienen en ellas hombres con sus ideales, proyectos y fantasías. Las cosas pueden cambiar, pero no si permanecemos indiferentes a ese cambio posible. Tal vez nuestro bote llegue finalmente a una isla segura y providente, donde podamos comenzar de nuevo. Comenzar de nuevo significa enfrentar los otros problemas reales que la emergencia puso en segundo plano. Tenemos una catarata de ellos: desocupación, vivienda, salud pública, seguridad social, educación, mejor distribución de la riqueza, reordenamiento del sistema impositivo... ¿Y la violencia política? Tal vez para entonces descubramos

que la solución a todos estos problemas ha ido quitándole estímulo y sustento y que, sin haberla hecho desaparecer, la ha vuelto ahora *controlable*, sin cometer los brutales excesos que la policía acaba de cometer. Ha ocurrido en Italia y Alemania, donde la violencia política ha pasado a ser un foco aislado. Tal vez ocurra eso en el Perú del lejano futuro. El error está en creer (como han creído los tres últimos gobiernos) que la solución es la lucha antisubversiva, y menos con fuerzas militares y policiales como las nuestras, que están podridas hasta los huesos: ellas también son sín-

tomos de la decadencia, no su posible solución. No podemos pedirle a un grupo que resuelva para nosotros un problema que excede su capacidad —o que justifica su sed de venganza. Nuestro bote está lleno de gente desesperada pero que debe mantener la fe y la lucidez, pese a todo. Nos salvamos todos o nos hundimos sin remedio. Un solo pensamiento reconfortante: con toda su ferocidad, la violencia de Sendero *no puede destruirnos como país*. Somos nosotros mismos los que podemos destruirlo y destruirnos. De lo que pase en el Perú todos somos responsables.

## MANIFIESTO

Habrán transcurrido medio siglo, en 1987, desde que se reunió en Valencia, en plena guerra civil, el II Congreso de Escritores Antifascistas en Defensa de la Cultura. Fue, por muchas razones y alguna sinrazón, un acontecimiento de alcance mundial que no será inútil recordar y valorar.

No pensamos, sin embargo, que baste con una mera conmemoración, una ceremonia de la memoria autosatisfecha. Lo que nos interesa, cincuenta años después, a la luz de la experiencia histórica, es una reflexión crítica. Es hora, sin duda, de reafirmar verdades que siguen siéndolo, pero también de denunciar cegueras y engaños que siempre lo fueron. Hora de esclarecimiento teórico acerca del papel de los intelectuales, de la exacta naturaleza de su compromiso; hora, finalmente, de acotar y denunciar las injusticias, acaso sangrientas, de una justa causa.

Pero la reflexión crítica sobre el pasado, por aguda y certera que sea, sólo cobra pleno sentido si se abre al porvenir. No se tratará principalmente, en nuestros trabajos de 1987, de elaborar —por necesaria que sea— una arqueología del saber histórico sino de fundar una estrategia del hacer intelectual. De intentarlo, al menos.

No será mala oportunidad para ello este aniversario del II Congreso de Intelectuales Antifascistas, a medio siglo de aquellos combates de los años treinta, con sus verdades y sus falsos ídolos, sus heroísmos y sus funestos engaños. A poca distancia ya de un siglo XXI que exige de los intelectuales, ante la crisis —altamente saludable, por cierto— de todo discurso monolítico y monologante, un nuevo enfoque pluralista, pero teóricamente coherente, de las relaciones entre política y cultura, tecnología y valores morales, ciencia y complejidad, compromiso y soledad creadora.

Es Valencia, de nuevo, la capital que acoge a los intelectuales y artistas de todo el mundo y nos invita a unas jornadas de examen y diálogo como aporte al mundo de una reflexión coherente ante algunos de los problemas que nos preocupan en estas últimas décadas de este siglo que se dispone a dar paso al venidero, cargado de incógnitas y de esperanzas que deben conducirnos inevitablemente a las soluciones de una hegemonía democrática.

Juan Cueto, Joan Fuster, Juan Goytisolo, Ricardo Muñoz Suay, Fernando Savater, Jorge Semprún y Manuel Vázquez Montalbán.

## FABULA DE LA DEUDA

por Saúl Trejo

Un hombre que había recibido un enorme préstamo del Diablo Bank (llamado así en honor de su dueño) no podía ya materialmente vivir a causa de los intereses, que apenas le dejaban suficiente dinero para mantener juntos cuerpo y alma. La pena moral que la deuda le causaba era también enorme, como la gastritis que le producía el sólo pensar en su triste presente.

Como nuestro hombre era tradicional, consultó entonces a un médico "antigüito", quien le recomendó un viejo tratamiento que guardaba en el fondo de un cajón de su escritorio: penitencia, mortificación de la carne, austeridad y, por supuesto, una estricta dieta de adelgazamiento. Debe aclararse que las sangrías ya habían pasado de moda en los tiempos de esta receta. El tratamiento, le aseguró, tranquilizaría su espíritu, y el ahorro resultante de la dieta le permitiría, además, generar excedentes financieros para el pago del servicio de su deuda. Pero el hombre desfallecía bajo los rigores del tratamiento y su semblante no reflejaba una mejora espiritual, "sino todo lo contrario". Empezó entonces a dudar de que las recetas de los abuelos funcionarían como antes, si es que antes habían funcionado; sus dos abuelos habían muerto relativamente jóvenes, dejando sólo deudas... y deudas.

Aconsejado entonces por unos amigos modernos, decidió consultar a un psiquiatra, postgraduado en el extranjero. Este le recetó su tratamiento infalible —tratar simplemente de vivir con la deuda, pues si bien era impagable, se acostumbraría a vivir con ella. En todo caso, la tranquilidad resultante reduciría poco a poco el peso de la carga. Pero el hombre no pudo seguir el consejo. Por el contrario, seguía preocupado. Además, el psiquiatra moderno le resultaba muy caro, y la necesaria renegociación con el Diablo Bank significó no sólo un costo elevado, sino además la promesa de que, antes de tomar cualquier medida drástica o unilateral, volvería al banco para otra renegociación, una de cuyas cláusulas sería la promesa de no hacer nada sin antes acudir... a otra renegociación, una de cuyas cláusulas...

El hombre, por supuesto, seguía adelgazando, a la vez que aumentaban sus preocupaciones. La tentación para hacer "algo" era cada vez más fuerte. Llegó hasta a pensar en recurrir al brujo local, pero ya sabía cuál sería su receta: dejar de pagar y esperar que el futuro se resolviera solo. Pero no creía ni en la brujería, ni en dejar el futuro a la buena de Dios. (Que es muy distinto a no creer en Dios, pues nuestro buen hombre era creyente.) Así que resistió la tentación de consultar al brujo y se ahorró el costo de la limpia. Pero su situación no mejoraba.

Cuando había agotado todas las alternativas, y de peso se había agotado él mismo, decidió que se comportaría racionalmente. Haría lo que sabía hacer: trabajar. Comería y gastaría lo necesario para recuperar la salud, la tranquilidad y la fe en el futuro. A falta de dinero, le entregaría parte de su producción al banco, para que la vendiera y le abonara a su favor tales ingresos. Y la preocupación por las ventas, junto con todas las otras preocupaciones derivadas de la deuda, pasarían a ser del banco. Al Diablo (Bank) no le quedó más remedio que aceptar esta "división del trabajo", concepto que después de todo venía desde Adán (Smith).

El hombre prosperó, pues el banco hubo de convencerse de que para cobrar tendría que hacerse socio y preocuparse directamente por la venta de los productos del hombre, lo cual, en las condiciones deprimidas de la economía local, significaba promover directamente su exportación. Después de todo, la idea de cobrarse con el alma del hombre ya había pasado de moda... y en todo caso, tendría que mostrarse en los balances del banco como un activo sin valor comercial, o improductivo. Así, el elefante vivió feliz. (Una fábula debe tener animales y hasta aquí aún no había ninguno).

## HISTORIA DE UNA DESILUSION

por César Leante

Cuando a principios de 1964 entrevisté a Alejo Carpentier para la revista *Cuba*, me dijo a propósito de su novela *El siglo de las luces*:

"Traía en la maleta (a su regreso a Cuba en julio de 1959) una nueva novela, *El siglo de las luces*, que había comenzado a escribir en Caracas en 1956 y terminado en Barbados dos años después; pero necesitaba retoques y el cambio que se observaba en la vida y en la sociedad cubanas me resultó demasiado apasionante para que pudiera pensar en otra cosa."

En este fragmento de sus declaraciones se encierran para mí tres claves, o enigmas, de la más importante obra del escritor cubano, apretadamente relacionadas entre sí: una, ¿por qué *El siglo de las luces* se publica cuatro años después de estar ya ter-

minada (su primera edición es de 1962)? Dos, ¿qué retoques necesitaba la obra? Y tres, ¿qué cambios eran tan apasionantes para Carpentier en la vida cubana de entonces que no le permitían pensar en otra cosa?

Antes de ir desentrañando estas tres cuestiones, hay que anotar un hecho determinante: que desde el mismo momento de su publicación, *El siglo* es considerada como ejemplificadora del fracaso de una revolución. Y aun en su forma de manuscrito, Carpentier no podía ignorar esto; es decir, que cuando menos su novela, la más lograda de cuantas había escrito hasta entonces, permitía esta interpretación. Innumerables datos, como veremos más adelante, lo avalaban. Así pues, antes de dar a la imprenta había que ocurrir, o en

último término escudar, tal apreciación. De manera que los "retoques" precisados por la obra eran de este orden, se puede decir que conceptual, de intención o propósito. El cambio operado en la vida cubana era, desde luego, el triunfo de la revolución, que vivía su etapa más deslumbrante (y que se extendería por algunos años más). Tenía en consecuencia que haber una adecuación entre ese periodo real y el de la novela, ya que por un azar imprevisible para el novelista realidad y ficción histórica se daban la mano. Carpentier debía tener conciencia de lo tremendamente contradictorio que era dar a conocer una novela que (siquiera lateralmente, aunque no tanto) cuestionaba a una revolución en el preciso instante en que otra, verídica, tangible, era delirantemente aclamada no sólo por el pueblo cubano sino por el mundo entero. Publicarla en esa época no era sólo un contrasentido —máxime siendo Carpentier cubano y deseando radicarse en la isla—, sino un riesgo. Pero sabía él también que había escrito un gran libro, y además un libro honesto. La historia le estaba jugando una mala pasada, pero de algún modo él la sortearía. Lo primero era buscar una opinión menos apasionada que la cubana de esos días y asimismo más prestigiosa. Carpentier tenía ya un bien cimentado crédito en Francia y creyó prudente ofrecérsela al lector francés antes que al de habla hispana en general. Y así sucedió.

Este es un hecho en el que sagazmente ha reparado la doctora Rosario Rexach en su ensayo *El siglo de las luces: Biografía de una ilusión*. Primeramente se pregunta, "¿por qué las otras novelas no siguieron el mismo patrón?" Y la respuesta que apunta es que "...si *El siglo de las luces* se publicaba primero en francés y la crítica la reputaba como una gran novela —lo que sin duda es—, el régimen cubano poco podría lograr prohibiéndola o persiguiendo a su autor sin dañarse a sí mismo". Otro dato sobre él que llama la atención es que la versión española no se realizó primeramente en Cuba, sino en México, siendo la edición cubana posterior en un año, en 1963.

Ocurrió lo que Carpentier esperaba, en lo que confiaba: *El siglo* fue

recibida en Francia con los más altos elogios. Del crítico del conservador *Le Figaro* a Maurice Nadeu, todos concordaban en que se trataba de una pieza extraordinaria. Mas André Stihl, desde las páginas del diario comunista *L'Humanité*, deslizó esta alusión a su contenido: "La acción finalmente no concluye con el desencanto de Esteban, conquistado por las primeras brumas del romanticismo. El desencanto pertenece a Sofía... quien piensa: ¡Hay que hacer algo! ¿Qué? Algo. Y se lanza a la acción".

El crítico marxista ha empleado la palabra reveladora: desencanto. En efecto, Esteban, luego de haber acompañado entrañablemente a Victor Hugues en su aventura jacobina en las Antillas, queda desencantado de la revolución. Numerosos pasajes de la novela destacan esta desilusión. He aquí algunos de ellos: "No valía la pena haber venido de tan lejos a ver la Revolución para no ver la Revolución..." "Victor abrazó triamente al joven... Esteban comprendió que Victor se había impuesto la primera disciplina requerida por el CConductor de Hombres: La de no tener amigos". Y sobre este mismo punto: "Esteban observó que los hombres, al verlo, guardaban un repentino silencio. El Comisario inspiraba miedo". Pero quizá ningún ejemplo más concluyente que éste:

—Esta vez la revolución ha fracasado (le confiesa amargamente Esteban a Sofía después de haber abandonado al ya abiertamente despótico Hugues). Acaso la próxima sea buena. Pero para agarrarme, cuando estalle, tendrán que buscarme con linternas a mediodía. Cuidémonos de las palabras demasiado hermosas, de los Mundos Mejores creados por las palabras... No hay más Tierra Prometida que la que el hombre puede encontrar en sí mismo.

Si se tiene en cuenta, como es harto evidente, que Esteban es una suerte de *alter ego* de Carpentier —al punto de que, físicamente, incluso le hace padecer una enfermedad crónica en él, el asma— y que, como muy bien señala la Dra. Rexach, la novela "plantea las dos actitudes con que el político y el intelectual se enfrentan a un mismo acontecimiento en el que son partícipes, la revolución", quien pronuncia estas palabras (como todas las consideraciones anteriores) es Carpentier.

En honor a la verdad, creo que Carpentier le hizo muy pocos retoques a la novela, y esto habla de su honestidad intelectual. Ciertamente que hay otros factores a considerar. En primer lugar, la novela no admitía ser podada aquí, aliviada allá... Era un bloque, una homogeneidad, una concepción, y adjetivos de más o de menos no podían alterar su esencialidad. De otra parte, era lo suficientemente antifolológica, antitética en muchas ocasiones, para que su intención más profunda quedara al menos velada. Además, la revolución cubana se iniciaba y muchas de las formulaciones carpenterianas no eran advertibles en aquellos días. Sólo un ojo muy agudo hubiera descubierto su condición profética. Y estaba también, éticamente, el papel que Carpentier le asigna al novelista histórico y que el ensayista y profesor Roberto González Echevarría define así: "Carpentier plantea con todo rigor que en el reino de este mundo, al novelista sólo le es dada una percepción temporal y mediata del proceso histórico y que la máxima honestidad consiste en dar cuenta de ello al elaborar su obra". (*Isa a su vuelo fugitiva*, p. 62)

Mas, curiosamente, es de nuevo Stihl quien inadvertidamente ilumina la modificación capital que Carpentier introdujo en *El siglo*: la adición del capítulo final. No estaba en el manuscrito original. La obra terminaba en el capítulo VI, con la entrega de Sofía al oficial francés, hecho que consumaba su liberación total de Hugues, tanto material como animicamente (más adecuado sería aquí decir ideológicamente), y su marcha a Bourdeaux a hacer su vida, su propia vida. Este es el real final de la novela, lo que sigue es añagaza. No es sino una hipótesis, pero la impostación es tan meridiana que salta a la vista: La diferencia entre el capítulo VII y el resto de la obra es palmaria en todo: en el tono, en el estilo, hasta en su estructura. Parece, llanamente, un episodio de folletín, con su truculenta mansión abandonada y la extraña, sombría historia que guardan sus paredes: la desaparición de Esteban y Sofía, "diluidos" en la multitud que se alzó contra las tropas francesas en Madrid el 2 de mayo de 1808. Tan preocupado estaba Carpentier por injertar esta alegoría que poco se cuidó de los de-



tales técnicos, formales, pero realmente literarios, del añadido.

Aún hay más, y es de nuevo la Dra. Rexach la que, replicándole a Stihl, pone el dedo en la llaga. Alerta ella: "...pasar el mensaje de la novela de Esteban a Sofía no es sino un modo

de encubrir la auténtica verdad de la obra". Sólo que no fue el marxista francés quien quiso encubrirlo, sino el humanista Carpentier, para no hacer transparente que había escrito la historia de una desilusión revolucionaria.

#### Daguerrotipo

Cuando comencé mis memorias, me costó darme cuenta que era mi propia vida y no la de otros, la que yo estaba escribiendo. Cuando todos a nuestro alrededor están amenazados con la delación y la muerte, se pierde la capacidad del contacto y nos encerramos en nosotros mismos. Lo que me mantuvo viva, el sentido de mis días, era preservar los poemas de Mandelstam. Acabé olvidándome de mí, traté de desprenderme del tiempo, de estar al margen, me levantaba cada mañana como una automática.

¿Adónde ir?, ¿recordar?, ¿qué debo recordar?

Además de los poemas de Osip, de Anna Akhmatova, mi amiga de toda la vida, y de algunos otros poetas hoy quizás olvidados, ¿qué debo recordar?

Aprendí a confiar a la memoria lo que no podía ser confiado al papel. Memorice los poemas de Osip y de Anna. Escribir era peligroso. El repetirme día y noche los versos de Osia ayudó no sólo a entenderlo, sino a resucitar su voz. Aprendí a vivir con sus poemas como alguna vez viví con él, a amarlos como amé su cuerpo. Estas palabras acabaron por crecer dentro de mí, fueron mi identidad. No me arrepiento. Los años con Osia volvería a vivirlos siempre. He sido su viuda 42 años, viví con el sólo 19. No estoy sola, su poesía me acompaña siempre. Osia querido, estás aquí, en mí, conozco cada palabra, cada coma y cada silencio del poema. Estás aquí, mi amado, para siempre.

#### La carta

En aquella época del terror estalinista, millones de mujeres escribieron cartas a maridos, hijos, padres, amantes, y si se conservó alguna fue por casualidad o milagro. La que escribió Nadezhda estuvo arrumbada en una caja con otros papeles sin importancia durante 30 años. La escribió en octubre de 1938; en enero de 1939 supo que Osip había muerto. La carta nunca llegó a su destino.

22 de octubre de 1938

*Osia, mi amado, ¡adiós!*

*No tengo palabras, querido, para escribir esta carta que tú quizá nunca*

## OSIP Y NADEZDHA MANDELSTAM: MEMORIA DE UNA EPOCA

por Gloria Gervitz

*Para Eduardo*

#### El poeta

Al igual que Dostoievski, quien fue detenido y sentenciado a muerte por haber estado presente en una reunión clandestina en la cual se leyó una carta abierta a Gogol escrita por Visarión Belinsky, a Osip Mandelstam lo mandaron a un campo de trabajos forzados en donde murió de hambre por haber escrito un epigrama dedicado a Stalin y que leyó en una reunión de amigos. El poema escrito en noviembre de 1933 llegó a oídos de las autoridades y el poeta fue arrestado a principios de 1934, se salvó de la prisión y fue deportado a los Urales gracias a la influencia de su amigo Bujarin, pero cuando Nikolai Ivanovich Bujarin fue liquidado en la gran purga, a Osip Mandelstam no le quedó nadie que intercediera por él. Lo reaprehendieron la noche del 10 de mayo de 1938. Falleció en diciembre de ese mismo año.

Este es el poema que le costó la vida:

#### Epigrama de Stalin

Vivimos no sabiendo la tierra que pisamos,  
lo que hablamos no se escucha ni a diez pasos,  
pero donde es posible media conversación,  
el montañas del Kremlin no queda sin mención.

Tiene los dedos gordos como gusanos, grasos,

y las palabras son como quintales, graves.  
Sonríen bigotazos cucarachescos y le relucen los tubos de las botas.

Rodeado de la turba paquiderma,  
juega con los criados, líderes, gente a medias.  
Ucase sobre ucase forja como herraduras,  
a uno sobre la frente, a otro en la ceja,  
la ingle, el ojo.

Y las ejecuciones son frambuesas  
y se le ensancha el pecho a nuestro poeta.

Traducción de Gerardo Deniz

#### La esposa del poeta

Nadezhda Mandelstam, su mujer, vivió durante varias décadas el exilio en su propio país. Me escapé, dice en sus memorias, porque después de todo y afortunadamente para mí, no soy tan importante. Comenzó a escribir a los 85 años los libros *Contra toda esperanza* y *La esperanza abandonada*. Antes sólo había escrito cartas a sus amigos y apelaciones a la Suprema Corte.

Nadezhda era una mujer pequeña, delgada, escondida entre chales, escondida hasta de ella misma como si tratara de convertirse en algo sin peso, alguien fácil de ocultar en el momento de la huida. Tampoco tuvo posesiones; aún los libros no permanecían por mucho tiempo en sus manos; después de ser leídos u hojeados, pasaban a otros.

leerás. Escribo a un vacío, tal vez regreses y yo ya no esté más. Entonces esta carta será lo que quede para que me recuerdes.

*Osia, qué alegría fue vivir juntos como unos niños —nuestros pleitos y discusiones, los juegos que jugamos, y nuestro amor.— Ahora ni siquiera miro al cielo. Si veo una nube, ¿a quién podría enseñársela?*

*¿Recuerdas cómo traíamos comida para hacer nuestras pobres veladas en todos los lugares en donde montamos nuestra tienda como nómadas? ¿recuerdas el buen sabor del pan, cuando de milagro se conseguía? y nuestro último invierno en Veronezh. Nuestra felicidad en la pobreza, y los poemas que escribiste.*

*Recuerdo aquella vez cuando, de regreso de los baños, compramos algunos huevos y salchichas, pasó una carreta cargada con heno, aún hacía frío y yo me congelaba con mi abrigo corto, (pero nada como el que estamos sufriendo ahora: sé cuánto frío estás pasando) este día vuelve hoy. Ahora intiendo, y mi pena es tan intensa en el dolor, que esos días de invierno con todos nuestros problemas, fueron la más grande y última felicidad que nos concedió la vida.*

*Todos mis pensamientos son de ti: cada lágrima y cada sonrisa son para ti. Bendigo cada día y cada hora de nuestra amarga vida juntos, mi compañero, mi guía ciego por la vida. Fuimos como dos cachorros ciegos, restregándonos con la nariz el uno al otro, y sintiéndonos tan bien juntos. Y qué enfebrecida era tu pobre cabeza, y qué locamente desperdiciamos los días de nuestra vida. Qué gozo y cómo, siempre, supimos que eso era la alegría.*

*La vida puede durar tanto. Qué largo y pesado para cada uno morir solos. ¿Puede ser este el destino para nosotros que somos inseparables? Cachorros y niños, ¿merecíamos esto? —¿Mereciste esto, mi ángel? Todo está igual. No sé nada. Sin embargo, sé todo. Cada día y hora de tu vida son simples y claros para mí como en un delirio. Vienes todas las noches cuando duermo, y siempre te pregunto, ¿qué pasa?, pero no me respondes.*

*En mi último sueño compraba comida para ti en el restaurante de un hotel de paso. La gente a mi alrededor*

*me era totalmente desconocida. Ya con la comida en el bolso, me di cuenta que no sabía adónde llevarla, por que no sé en dónde estás. Al despertar, le dije a Shura: "Osia está muerto". No sé si vives, pero desde aquel sueño he perdido todo contacto contigo. No sé en dónde estás. ¿Me oyes? ¿Sabes cuánto te amo? Nunca pude decirte cuánto te amo, ni siquiera ahora puedo decirlo. Te hablo sólo*

*a ti, sólo a ti. Estás conmigo siempre, y yo que era tan colérica y loca y que nunca aprendí a llorar —ahora lloro y lloro y lloro—.*

*Soy yo: Nadia; ¿en dónde estás? Adiós.*

Nadia

(De la traducción al inglés de Max Hayward, en Nadezhda Mandelstam: *Hope Abandoned*, Atheneum, New York, 1981.)

## LA CRISIS DEL SISTEMA DE PARTIDOS

por Rafael Segovia

Cuando nos referimos a los partidos que actúan dentro del sistema político mexicano y de manera especial a su actividad en la coyuntura presente, la primera duda que se nos presenta es si debemos hablar de una crisis de los partidos, de la inexistencia de un sistema de partidos o de una crisis de este sistema.

De cualquier modo hablamos de crisis y, en este caso y en otros muchos, una crisis es un mal funcionamiento o una interrupción de la relación entre las partes componentes de un sistema, o del sistema con el exterior, con lo que no forma parte de él. Pero este mal funcionamiento de la comunicación puede darse también dentro de un partido. En más de un caso se presentan obstáculos, interrupciones o distorsiones en la relación que media entre los afiliados y las directivas, o incluso dentro de las propias directivas. Lo primero, pues, es localizar la crisis.

El sistema —sería más exacto decir subsistema— de partidos en México está completamente desequilibrado. Construido histórica y empíricamente en torno a un partido dominante o mayoritario, originado éste desde el gobierno del general Calles y con una duración que desafía casi a la imaginación, el subsistema se ha ido conformando más como una respuesta a su dominio que en los términos clásicos descritos por Duverger o por Sartori.

El carácter híbrido del PNR-PRM-PRI ha sido el factor determinante de los equívocos y problemas que hoy

plagan el sistema político. El PRI es un partido de masas y de cuadros a la vez; se afina en el terreno electoral aunque mantiene una actividad que va mucho más allá de lo puramente electoral; es dominante en todas las cámaras legislativas del país pero ha dejado de ser el camino real de la política, así exija un tributo formal a quienes entren en el sistema y, cosa importante, mantiene intactos sus principios de cooptación y control. Su desconcertante flexibilidad ideológica, le ha permitido adaptarse a las fases históricas por él encabezadas, orientadas o justificadas. La organización sectorial terminó por convertirse en un pacto político insustituible y en conferir una estructura imposible de destruir a la sociedad civil.

Situado en el centro del abanico, los partidos de oposición se han definido respecto a su izquierda y su derecha. Cabe decir que si intentamos expulsar a la geometría política por la puerta, regresará por la ventana. Así, pues, hay una izquierda y una derecha —o más exactamente, unas izquierdas y unas derechas— que se definen respecto a su posición frente o al lado del PRI. No todo el mundo lo acepta, pero algo debemos aceptar para poder entendernos.

Tenemos dos o tres partidos a la derecha del PRI y cinco o seis a su izquierda, primer desequilibrio. Pero hay uno peor: los dos o tres partidos de la derecha captan aproximadamente dos veces más votos que los cinco o seis de la izquierda. Si ignorá-

ramos al PRI la situación sería aún más inestable, más distorsionada.

Añadamos un factor desequilibrante más. El debate, ideológico más que pragmático, resulta infinitamente superior en el ala izquierda, mientras nos encontramos una acción política más consistente, mejor mantenida y conservada en la derecha.

El debate sobre el mono, bi o pluripartidismo es, hasta cierto punto, un debate ocioso y hasta bizantino. No es una consecuencia de la ley electoral, que leída incluso con descuido muestra su intención pluripartidista, sino un problema de electores, sobre el que volveremos luego. Por el momento, contentémonos con decir que nuestro subsistema de partidos es asimétrico, de geometría variable y con pesos específicos mal repartidos.

Los desequilibrios han producido una ecuación política casi imposible de resolver.

Sólo estudios más completos podrán un día decirnos cuándo y por qué la derecha mexicana se hizo electoralista, puramente electoralista. Esto implicó un cambio más, al convertirse en el único interlocutor y rival del PRI en cuanto se refiere al voto popular. Su afán actual es la victoria en las urnas, con olvido de cualquier otra actividad educativa, socializadora u organizadora de la sociedad civil; su afán comprensible de victorias formales le ha llevado al terreno del silencio en la esfera doctrinal. Por primera vez en su historia la derecha tiene una capacidad de movilización. Reducida, pero una capacidad, y esto le ha llevado a cambiar incluso de naturaleza. Los desacuerdos internos aparecieron como aparecen en todos los partidos que se mueven en el campo político. Directivas y representantes populares no marchan siem- en la misma dirección, nuevos y antiguos militantes ventilan sus diferencias hasta en la prensa. Son, pues, partidos y no simples capillas o reuniones de amigos previamente convencidos. Hay más. La derecha mexicana no tiene un programa o, de tenerlo, está tan bien escondido que no se conoce por parte incluso de quien le da su voto. La presencia de un programa fundado en una doctrina política, social, cultural y económica llevaría a que nuestra derecha perdiera una parte del voto de protesta que

ahora recoge por razones conocidas por todo el mundo y con un costo mínimo.

Se pueden ganar votos y se puede perder el alma. El alma del partido, claro. Un triunfo electoral siempre es importante para mantener la moral de los militantes, la confianza de los líderes y la seguridad de los electores. Queda, de todos modos, un hecho importante, a mi modo de ver. Los partidos fundados exclusivamente en la protesta y en la crítica son de vida efímera. Le acercan más al movimiento de Pujade en la Francia de los años cincuenta que al PAN de la misma época. La variedad de la clientela política, el estar llevados sólo por un sentimiento de rechazo, la aceptación de todo cuanto se opone, buscarlo, es condenar a cualquier partido a una división primero, al faccionalismo después y al olvido al final.

Si el PCM puede reclamar con toda justicia el decanato del subsistema de partidos en México, podemos pensar sin cometer una injusticia mayúscula que hasta 1968 no tenemos un ala izquierda constituida y, cosa normal, fraccionada. En la incubadora universitaria se crían la mayoría de los partidos parlamentarios y extraparlamentarios de izquierda. El otro origen se hallaría en publicaciones diarias, semanales, mensuales o trimestrales, es decir, en todas las que aceptan o llaman a la izquierda intelectual. Estas dos raíces determinan a las formaciones políticas marxistas o simplemente revolucionarias aun en nuestros días.

Dominadas por una componente ideológica excesiva, dos rasgos van a aparecer en ellas: la querrela interna y la tendencia a la transacción. Contra cuanto se ha dicho, la izquierda contemporánea señala una voluntad clara de gobernar o participar en el gobierno sin acudir previamente a la revolución. No se ha sacudido aun los demonios del leninismo y el estalinismo, aunque podamos decir que esto es más bien un hecho observable en los países industriales y no en los en desarrollo.

El concederle el paso a la idea sobre la realidad, el afincarse en el voluntarismo, ha cortado a los partidos de izquierda del pueblo o, por utilizar su lenguaje, de las masas, causa de nuevos debates y disputas, y razón de

su creciente dependencia del Estado y de los medios de comunicación controlados cuando no propiedad de sus peores enemigos, tolerantes y abiertos por razones puramente comerciales. Cumplen el viejo apotegma de "la derecha tiene intereses y la izquierda ideologías" al pie de la letra.

Las añejas doctrinas leninistas o simplemente revolucionarias — a veces hasta anarquistas — han evitado que el terreno electoral se convierta en el punto decisivo de su política. Pese a esta voluntad, el Estado ha sabido llevarla a él, de manera particular con la Reforma Política de 1976-77.

La situación crítica de la izquierda en México se manifiesta por todos los lados. Llamados sus partidos a ser de masas, no las tienen; nacidos en las universidades, éstas ya no los siguen; orientados exclusivamente hacia los obreros, su clientela es universitaria, artística y, en general, intelectual; doctrinariamente revolucionarios, se empuñan en la tierra ignota de lo electoral.

El gran ausente es el partido social demócrata, a quien se daba por muerto hasta el momento mismo de advertir que es la única forma posible de supervivencia de la izquierda en un sistema económico capitalista. No se puede pedir a quien es marxista leninista una abjuración de su creencia, es más, de su fe, pero debe señalársele la imposibilidad de acceder a cualquier forma de poder aquí y ahora. Creo que no es necesario señalarle nada pues lo sabe mejor que los no marxistas.

Entre el PRI y los partidos marxistas se abre su espacio inmenso donde se mueve la clase media reformista, no marxista y quizás católica sin dejarse por ello mover por el clero militante. Es una clase abandonada e incapaz de organizarse sola. Es una clase disponible.

La legitimidad revolucionaria no puede mantenerse sin cambio alguno durante tres cuartos de siglo. Al menos en su forma primigenia. Es cierto que los gobiernos herederos de la Revolución crearon nuevas maneras de legitimar el ejercicio del poder que no fueron el monopolio de la violencia legítima, pues esto es una definición del Estado y no una manera de expresar la legitimidad de éste. Cre-

cimiento económico, redistribución a través de formas populistas de sucesivos gobiernos, incorporación del pueblo a la vida política con ayuda del partido dominante fueron sucesivos de la conquista del poder por las armas. La legitimidad electoral, con todo, es insustituible. La tragedia para el PRI fue el haberse constituido ésta en algo indispensable cuando este partido llevaba medio siglo en el poder y, si no en el poder, en un factor constitutivo del mismo. Una capacidad proverbial para la conquista permanente de la legitimidad, su mantenimiento y su ejercicio fue erosionándose por los cambios introducidos por la sociedad civil en la naturaleza y formas del Estado.

La diversificación de los grupos sociales, la expansión de la clase media, el ascenso de la cultura y de la comunicación, la diversificación e incompatibilidad de los intereses inmersos en la sociedad mexicana llevaron a la necesidad de un multipartidismo. El enemigo o rival ya no es, como en los años veinte y treinta, la "reacción". Los partidos, con crisis o sin ella, son un hecho político concreto e irreversible. Que por el momento no sean una amenaza inmediata para el PRI, no quita los peligros latentes para éste.

Las leyes electorales sucesivas muestran el camino recorrido. La imposibilidad de crear un partido de izquierda fue un hecho durante décadas; el *numerus clausus* era una realidad inmovible; el subsistema de partidos fue algo congelado. Hoy es relativamente fácil crear un partido y conseguir su registro. Imposible negar el avance político, la modernidad que la Reforma Política trajo. Se vio en su momento como una pura reforma electoral. No creo que nadie se atreva en julio de 1986 a seguir afirmándolo. Las provisiones, llámenles obstáculos si se quiere, que mantiene para el registro son necesarias.

Puede quererse un sistema bi o pluripartidista; es imposible desear una fragmentación hasta el infinito. O puede desearse si se quiere un país ingobernable por absurdo.

La ley actual, matemáticamente, permite la existencia de sesenta y seis partidos. Me pregunto quién desearía verlos en la Cámara de Diputados. ¿Querría alguien ver sólo a dos? ¿Estaríamos ante una auténtica re-

presentación nacional? Los electores, en éste y en otros muchos campos, son quienes tienen la palabra. Basta votar por dos partidos para que nos hallemos en un sistema bipartidista puro que, como se sabe, no existe de hecho en ningún lugar, pues los sistemas bipartidistas puros (Alemania Federal, la Gran Bretaña) se componen de dos partidos y medio. La discusión sobre el bi o el pluripartidismo esconde de hecho un problema político mucho más importante a mi modo de ver.

La oposición y el PRI se están disputando desde 1973 el voto de la clase media urbana —cada partido por razones diferentes. Son raras las formaciones políticas capaces de partir en busca del voto rural: se le considera propiedad absoluta del PRI. Su conquista es difícil, onerosa, incluso peligrosa. En cambio el voto urbano de las clases medias es asequible: la propaganda penetra con toda facilidad en grupos de elevada escolaridad y expuestos a la comunicación; sumar la protesta implícita en estos grupos sociales resulta un juego político cómodo por ser sus demandas o muy abstractas (cambiar el sistema político) o concretas hasta la simplificación (terminar con la corrupción). Las negociaciones con obreros y campesinos se complican hasta el infinito, son un auténtico mercado político. No digamos nada de la conquista del voto popular urbano no organizado. Los partidos políticos sin excepción se han fijado en este voto. Se llega a considerarlo el único válido, el portador indiscutible de la legitimidad.

Dejando a un lado lo profundamente antidemocrático de esta posición, hay una falacia no claramente percibida. En un país con la estructura social de México, la voz de la clase media es por fuerza minoritaria cuantitativamente y las elecciones son siempre cuantitativas; todos los votos son iguales. Si un partido ha sabido monopolizarlos no se le puede acusar de acaparamiento sino de competencia. Donde se está solo se gana. Esto es inevitable.

Aceptemos, al menos en su plano teórico, la superioridad electoral de la clase media y la fijación de los partidos en ella. Nos encontraremos, de todos modos, ante un repudio general del sistema o subsistema de partidos, y ahí está la abstención para

demostrarlo. Poner la abstención en la cuenta del Estado es cómodo e incluso elegante; ponerla en la despolitización general del país es ponerla en la cuenta de los partidos, pues su obligación es politizar en el buen sentido o en el malo a los ciudadanos.

¿Cómo puede el votante común discriminar entre los partidos de izquierda? Seguramente esta pregunta puede escandalizar a los afiliados y a los comités directivos, a quienes siguen sus publicaciones y a quienes hacen de la política una profesión, pero de ninguna manera al hombre de la calle, incapaz de trazar los más vagos límites entre cinco o seis formaciones políticas. Lo mismo se podría decir de la derecha. La sociedad es refractaria a los partidos, al sistema de partidos: se está a favor o contra el PRI y eso, en todo los casos, va contra la consolidación de la oposición.

Estamos, pues, ante una crisis generalizada del subsistema de partidos y ante una crisis de todos y cada uno de ellos. Desear y luchar por mayores espacios democráticos, romper la apatía y disminuir el abstencionismo está en los partidos y en ningún lugar más. Democracia y partidos son una sola cosa. La clase media, su voto, es sólo una componente parcial de cada partido. Pensar lo contrario es encerrarse sin esperanza en la crisis política actual.

#### APOSTILLA: LAS PERPLEJIDADES DE RAFAEL SEGOVIA

Hemos publicado este artículo del profesor Segovia no sólo por venir de un antiguo y estimado colaborador de Vuelta ni por sus coincidencias con algunas de nuestras opiniones sobre la democracia y el sistema político mexicano (aunque, tal vez por discreción, no cite sus fuentes ni siquiera cuando las reproduce verbatim et litterim) sino, sobre todo, por aquellos puntos en los que difiere de nosotros. No nos ha parecido necesario responderle: sus opiniones, como podrá advertirlo el lector, se cancelen unas a otras. Su artículo es un curioso ejemplo de un fenómeno frecuente en la literatura moderna (Eliot, Pessoa): la aparición de voces distintas y contrarias dentro de un mismo texto. Sólo que la pluralidad de voces en Pessoa tiene un carácter psicológico y estético que de una tonalidad dramática al conjunto. En el dominio de la reflexión política el resultado es desconcertante. El profesor Segovia no podrá convencer a nadie si antes no se convence a sí mismo.